

Cualquier altibajo

Daniel Sada

Albedrío, Ese modo que colma, Casi nunca, son libros notables que ejemplifican la obra de Daniel Sada (1953). En esta breve ficción, publicada originalmente en Registro de causantes, el autor nos muestra con ironía la imposibilidad de jugar beisbol en plena canícula del desierto.

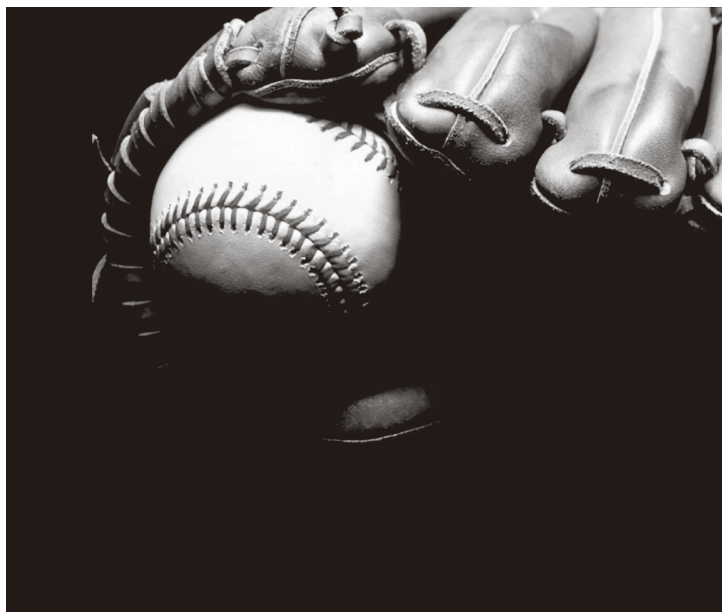
Antes que nada, debería estar prohibido hacer juegos de ocho, diez o más horas en época de verano, pues son demasiado largos para los espectadores y los mismos peloteros se fastidian a causa del calorón. El beisbol divierte o cansa, según sea el punto de vista. Sin embargo, esta vez no fue como otras, ¡ni Dios lo mande! Empezaron a jugar luego de la madrugada aprovechando el relente para así terminar pronto, digamos, antes del anochecer. Se enfrentaban los acérrimos rivales: Cachorros de Sacramento contra Forajidos de Boquillas: los segundos: visitantes. El juego se llevó a cabo en el llano que está hacia la orilla sur, por el rumbo del panteón. Siempre se utilizaba una bola porque era la costumbre, o más bien, para evitar despilfarros. Poca gente se dio cita: unos ocho sombrerudos que llevaban lonche y soda. Éstos sentáronse en unas piedras. Ni siquiera había vendedores ambulantes por ahí.

Los Forajidos traían un total de doce hombres, con dos píchers abridores en la banca y listos para el relevo, también un jugador de refresco por si acaso se ofrecía; en tanto que los Cachorros justo eran los nueve batos. De fallarles el picheo alguno de los del cuadro tenía que cubrir la ruta. ¡Claro!, podía presentarse el caso de que uno se lesionara, pues ni modo, a ver cómo se arreglaban para remover gorrudos a distintas posiciones encontran-

do las ideales de acuerdo al bateo enemigo. Para colmo, ninguno de los conjuntos traía a su manejador.

Fue por ello que desde antes que empezaran los del cuadro visitante, se sintieran ya ganados burlándose con descaro de los pobres contrincantes que ni siquiera contaban con una mínima porra que los pudiera animar. Después del calentamiento los capitanes del equipo y el ampáyer se llevaron más de una hora discutiendo varias reglas de terreno. Los Cachorros, por su parte, comentaban entre ellos que ojalá viniera el resto de sus demás compañeros, pero que el inconveniente era que en la noche anterior había habido fiesta en Sacramento: mucha bala y borrachera, además del consabido desvelo. Acá en las averiguatas lo que les llevó tiempo fue discutir quién recogería la bola, ya que era una impertinencia nombrar en forma oficial a uno de los asistentes para labor tan molesta. Se acordó que los propios peloteros fueran los recogedores tanto en terreno de foul como si la bola se iba hasta el mismo panteón, el cual estaba muy lejos, aunque pudiera ocurrir.

Esto era precisamente lo que retardaba el juego. El cácher, el responsable, si el batazo iba hacia atrás. Lo mismo el primera base o el jardinero derecho —depende—, calculando la distancia donde muriera la línea, o quien quedara más cerca. Igual por el otro lado y hacia el fon-



do en los supuestos jardines. ¡Pleey bol! Correspondía abrir la tanda de bateo al equipo visitante que pues no tenía uniforme y en lugar de espais calzaban unas botas viboreras para barrerse mejor.

Pero portaban cachuchas de un amarillo chillón que con los rayos del sol se hacían más fosforescentes: treta: para distraer al pícher. Un bateador pelos largos de estropajo, verdolagón y chupado era el primero en el orden, nada más de ver la estampa parecía peligrosísimo.

El pícher se la rifó tirándole todo lo recio que pudo y se salió con la suya: un ponche espectacular con sólo tres lanzamientos que dejaron al pelao con la carabina al hombro. El pícher después de esto hizo varios movimientos de contento como calmando sus nervios y para darse confianza, además, los efectos de la cruda, producto del despiporre de anoche, estaban bajo control. A partir del segundo bateador sobrevino lo fatal, le siguieron una serie de chaparritos rechonchos y: batazos por todas partes, excepto por la pradera central, líneas de jit y jomrones, texas líguer a granel, flais contra el sol engañosos, carreras y más carreras solamente con un aut. Ni modo de relevar al pícher descontrolado, pues nadie de los que estaba sabía lanzar curva o recta por el centro, etcétera.

Desde luego, ninguno de los ocho sombrerudos que presenciaban el juego iba a ir hasta la casa del maldito relevista a despertarlo y traerlo. De modo que según la garrotiza y nada más con un aut. Entre que recoger bolas los desvelados Cachorros y aconsejar a su pícher pasaron como dos horas. Ya para eso de las dos, habían entrado como dieciocho carreras del equipo de Boquillas sin que todavía batearan los del equipo de casa, quienes de una u otra forma habían tenido trabajo. Excepto el jardinero central que hasta se estaba durmiendo por tanta inmovilidad. De pronto, salió un jomron rajanubes que de seguro caería por la pradera a su cargo. Los

otros dos jardineros le gritaron que corriera tras la bola que había caído atrás de él, pero lejos, y no tuvo más remedio; éste no oyó el golpe contra el llano, entonces se dirigió hacia el panteón, no sin antes revisar por entre las nopaleras que fue encontrando a su paso. La pelota: ¡ni sus luces! Y sin mirar hacia atrás tomó las cosas con calma, examinando en rededor, con un miedo muy extraño que le entró, a ver si veía algo blanco.

Y que mira hacia las nubes... Pero no.

Decidido a no voltear hacia atrás siguió busque y busque aquello que tal vez... En eso, que observa hacia su derecha y ve que viene a lo lejos un pastor con su rebaño. Sí, figura reconocible: porque le era familiar tan sólo con distinguir el sombrero desgarrado: ¡su compadre!, quien, cuando estuvo más cerca y dándole un leve saludo con la mano muy en alto, preguntó:

—¿Qué haces tú?

—Es que pegaron jonrón y ando buscando la bola.

—Yo lo único que te digo es que en casa tengo un frasco de sotol y te invito a saborearlo...

Esa voz lo estremecía, lo empujaba hacia el placer. Pero... El jardinero central poco a poco volteó toda su cabeza contemplando con azoro la indolente lejanía: tenaz juego solitario y quizás hasta tenebroso. Sus compañeros de equipo ni siquiera le gritaban porque tenían la esperanza de que encontrara la bola y volviera alguna vez. El silencio fue tirante, largo y turbio, imposible de romperse. Los minutos palpitaban en el aire tal si un pulso novedoso anduviera entre las cosas. Allá: un simulacro estático y espectral bajo el lente de la luz. Temeraria incandescencia que se consume despacio. Al ver a los peloteros como estatuas encantadas le parecía ver un caldo con unos cuantos fideos cociéndose a fuego lento. ¿Regresar?, ¿con la pelota?, ¿para qué?... Ah, resoplido y recompensa... El jardinero central de plano decidió irse con su compadre el pastor dejando ese juego así. **U**